

LIBROS

Richard J. Evans

ERIC HOBBSBAM.
UNA VIDA EN LA HISTORIA

Juan Gabriel Vásquez

VOLVER LA
VISTA ATRÁS

Bibiana Rivera Mansi

EL CANTO DEL PÁJARO CIEGO

Wilfrido H. Corral

DISCÍPULOS Y MAESTROS 2.0.
NOVELA HISPANOAMERICANA HOY

Ana García Bergua

LEER EN LOS AVIONES

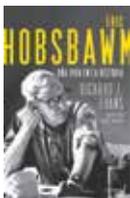
Octavio Paz

ODI ET AMO: LAS
CARTAS A HELENA

BIOGRAFÍA

El historiador militante

por **Rafael Rojas**



Richard J. Evans
ERIC HOBBSBAM.
UNA VIDA EN LA
HISTORIA
Traducción de Ariel
Magnus
Buenos Aires, Crítica,
2021, 880 pp.

Hasta el siglo xx, la imagen de los historiadores remitía a una vida entre viejos papeles y gabinetes atestados de libros. Historiadores de archivo y universidades fueron Jules Michelet y Jacob Burckhardt. A lo sumo la figura del historiador viajero, tipo Alexander von Humboldt o Alexis de Tocqueville, o la del político profesional, al modo de Thomas Macaulay o François Guizot, que escribía sacando tiempo al ministerio o la tribuna, matizan la predominante visión del historiador letrado.

El siglo xx verá nacer, frente a esos arquetipos, al historiador militante.

Una versión del oficio que se cumplió en algunos de los grandes maestros de la historiografía de la pasada centuria como Marc Bloch, fundador de los *Annales*, que se sumó a la resistencia antifascista en Francia y fue torturado y fusilado por la Gestapo en 1944, o como Bronisław Geremek, el brillante medievalista polaco, alumno de Jacques Le Goff y Georges Duby en París, que se convertiría en uno de los principales líderes del sindicato Solidaridad en los años ochenta.

A la misma estirpe pertenece el prolífico y versátil historiador británico Eric Hobsbawm. Descendiente de judíos polacos y austriacos, de apellido original Obstbaum, este pensador ineludible nació en Alejandría, Egipto, donde su padre era funcionario del servicio postal y telegráfico, operado por los británicos. El futuro historiador vendría al mundo en 1917, año de las revoluciones de febrero y octubre en Rusia, hechos decisivos en su vida privada y pública, su trayectoria política y su vocación académica.

La muy detallada biografía de Richard J. Evans, historiador británico que ha dedicado varios libros al estudio del Tercer Reich, persigue al niño Hobsbawm, huérfano de padre y madre

a temprana edad, por sus diversas ciudades de residencia: Alejandría, Viena, Berlín, Londres. Aquella peregrinación por la Europa de entreguerras sería crucial para un académico que se propuso contar la historia del mundo moderno desde la perspectiva marxista.

A pocos meses de la llegada de Adolf Hitler a la cancillería de Alemania, Hobsbawm se estableció con sus tíos Sidney y Gretl en Londres. Poco antes de su partida de Berlín, recuerda Evans, asistió a una de las últimas manifestaciones del Partido Comunista alemán, el frente del Reichstag, encabezada por Ernst Thälmann. Su formación básica en St. Marylebone Grammar estuvo poderosamente en deuda con la literatura británica y europea. El joven Eric leyó con pasión a Kipling y a Eliot, a Chaucer y a Coleridge, pero también a Maupassant, Proust y Mann. La literatura dotó al futuro historiador de una prosa narrativa, mientras el marxismo, que leyó en todas sus variantes desde muy joven, aportó sentido analítico e interpretativo a sus escritos.

A los diecisiete años, ya Hobsbawm, que dominaba fluidamente el alemán, el inglés y el francés, había leído *El capital*, *El 18 brumario* y *La lucha de clases en Francia* de Marx, el *Anti-Dübring* y *El*

origen de la familia, la propiedad privada y el Estado de Engels, *Materialismo y empirio-criticismo* y *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin. Su aproximación al socialismo era, desde entonces, muy flexible, ya que así como tenía una percepción crítica del *Curso breve* de Stalin, seguía de cerca los escritos de George Bernard Shaw y los artículos de Walter Duranty sobre la Unión Soviética en *The New York Times*.

Afiliado inicialmente al Partido Laborista, el joven intelectual viajó a París, en el verano de 1936, donde observó tanto el avance del fascismo en Europa como la proliferación de tendencias “comunistas, socialistas e izquierdistas”, sin excluir el trotskismo. Evans da mucha importancia a aquel viaje a París, donde Hobsbawm entró en contacto, además, con las vanguardias artísticas (dadaístas, surrealistas, cubistas; Breton, Éluard, Ernst, Picasso...) y avivó su pasión por el jazz. Al momento de su ingreso en el King's College, en Cambridge, en 1936, que coincidirá con el estallido de la Guerra Civil en España y los gobiernos conservadores de Baldwin y Chamberlain en Gran Bretaña, el joven Hobsbawm era ya un marxista y un comunista heterodoxo.

Observa Evans que no era contradictoria aquella orientación filosófica y política con la pertenencia al Partido Laborista. De hecho, esa afiliación se veía autorizada por la máxima dirigencia soviética que, en el séptimo congreso de la Internacional Comunista, en el verano de 1935, había llamado a crear “frentes únicos” antifascistas. Durante sus años en Cambridge, Hobsbawm comenzará a acercarse más abiertamente al comunismo y en los años cuarenta integrará, junto a E. P. Thompson y Christopher Hill, el Communist Party Historians' Group. Según Evans, Hobsbawm llegó a defender el pacto Molotov-Ribbentrop en 1939 porque, a su juicio, propiciaría el “aislamiento de Hitler”, cosa que no sucedió.

En 1940, el joven historiador fue reclutado por el ejército británico y destinado a varias sedes de la Army School of Education en Yorkshire, Bulford,

Salisbury y otras ciudades. Su activismo en publicaciones y círculos intelectuales del ejército le valieron la vigilancia del MI5, que Evans documenta en detalle. Su visión de las tropas soviéticas, que privilegiaba sobre el papel de los aliados, fue siempre triunfalista. Tras la derrota de las potencias del eje, el sargento Hobsbawm, cada vez más involucrado en el comunismo militante, estaba listo para acompañar, por el flanco izquierdo, al gobierno del primer ministro laborista Clement Attlee.

Evans destaca el hecho revelador de que justo en el periodo del arranque de la Guerra Fría en Gran Bretaña, cuando mejores condiciones había para un paso a la militancia comunista, Hobsbawm decidiera convertirse en un historiador profesional. Contratado en Birkbeck College a fines de los cuarenta, inició su larga producción historiográfica con *Labour's turning point* (1948), a la que siguieron *The rise of the wage worker* (1953) —obra nunca publicada— y múltiples artículos en *Economic History Review* y *Past and Present*. A partir de entonces quedó claro que la militancia a la que aspiraba Hobsbawm es la que se ejerce desde la historia profesional.

Aunque no abandonó el Partido Comunista tras la invasión soviética de Hungría, en 1956, como haría su colega E. P. Thompson, Hobsbawm advirtió del proceso de burocratización de los socialismos reales en la URSS y Europa del Este que siguió a la desestalinización. Sus notas sobre jazz para *New Statesman*, con el pseudónimo de Francis Newton, recogidas en el volumen *The jazz scene* (1959), y su brillante estudio *Primitive rebels* (1959), transmiten a cabalidad una ubicación teórica, historiográfica y política muy lejana al dogmatismo marxista-leninista soviético.

Con la aparición de *The age of revolution* (1962), el primero de un ciclo historiográfico de enorme valor interpretativo y didáctico, que abarcó la conformación del mundo moderno entre los siglos XVIII y XX y que culminó con *The age of extremes* (1994), Hobsbawm se afincó definitivamente en el campo académico. Pero su gran proyecto de historia moderna no le impidió mantener

el interés en aspectos puntuales de la sociedad capitalista como el mundo del trabajo y los trabajadores, las revueltas campesinas y la Revolución industrial, los bandidos y los revolucionarios, las naciones y los nacionalismos, la invención de las tradiciones y los debates teóricos del marxismo.

En su tramo final, la biografía de Evans pierde impulso y aunque se mencionan los viajes de Hobsbawm a América Latina y su participación en el Congreso Cultural de La Habana de 1968, su papel en los debates de la Nueva Izquierda queda desdibujado. Sus artículos y polémicas en publicaciones como *Monthly Review* y *New Left Review*, tan importantes para crear una alternativa de izquierda al liberalismo y el marxismo ortodoxos, son glosados superficialmente. Mucho mejor captada está la reacción suspicaz de Hobsbawm al triunfalismo occidental que siguió a la caída del Muro de Berlín y su defensa final del marxismo como una tradición de pensamiento crítico capaz de dar respuestas al siglo XXI. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Turner puso recientemente en circulación *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*.

NOVELA

El pasado de una ilusión

por **Pablo Sol Mora**



Juan Gabriel Vásquez
VOLVER LA VISTA ATRÁS
Ciudad de México,
Alfaguara, 2021, 480 pp.

La última novela del colombiano Juan Gabriel Vásquez bien podría haberse titulado como el ensayo de François Furet sobre el comunismo en el siglo XX, *El pasado de una ilusión*. Porque es eso, pero en términos novelísticos: el relato y la disección, focalizados aquí

en una familia hispanoamericana, de la ilusión de la revolución comunista. Se trata de una obra de ficción, claro está, pero basada en hechos reales, la experiencia de la familia Cabrera Cárdenas y especialmente de Sergio Cabrera, el cineasta colombiano, director de *La estrategia del caracol*, entre otras películas. El hipotético lector puede ignorar esta información y eso no afectaría su lectura del libro, pues una de las virtudes de *Volver la vista atrás*, a diferencia de tantas novelas basadas en “hechos reales”, es su plena autonomía novelesca, esto es, que como ficción se sostiene perfectamente sin la necesidad de estar buscando verificaciones en la realidad.

La obra es vasta y ambiciosa: abarca tres generaciones de una familia; va de la Guerra Civil española a las guerrillas latinoamericanas de los años sesenta; transcurre en España, China y Colombia; habla de la familia (especialmente de las relaciones padre e hijo), de la política, de la utopía, del fanatismo ideológico, de cómo las buenas intenciones pueden acabar convertidas en pesadillas y, fundamentalmente, de la forma en que la Historia afecta y, a veces, arrasa los destinos familiares e individuales, tema cardinal de Vásquez. *Volver la vista atrás* es tal vez su obra más ambiciosa, aunque de una ambición que mira más hacia el pasado de la novela —específicamente de cierta novela del boom, de la cual Vásquez se asume y es heredero, y, en última instancia, de la novela realista decimonónica— que hacia su futuro, que probablemente se encuentre en formas más híbridas y menos convencionalmente realistas. En ese sentido, el regreso al pasado que implica el título no es solo del protagonista, sino del novelista mismo.

Dicho eso, es una novela muy legible, diestramente narrada, cuyas casi quinientas páginas fluyen admirablemente. Uno de sus mayores aciertos es la voz narrativa, de cuya correcta elección depende buena parte de la eficacia de un relato. Es un asunto tan fundamental que a veces pasa

inadvertido: ¿quién y cómo va a contar esta historia? El lector recibe la versión final y puede tener la impresión —debe tener la impresión— de que no había otras opciones que las que tiene entre las manos, pero el novelista sabe el trabajo que implica definir el narrador adecuado y modular su voz. La clave está en la primera frase de la novela, que pasados cientos de páginas se vuelve a repetir, como un recordatorio al lector: “Según me lo contó él mismo, Sergio Cabrera...” El narrador es un yo anónimo que escucha un vastísimo relato y recibe una ingente cantidad de información y que luego, a su vez, él dispone y cuenta, reconstruyendo con lujo de detalle la experiencia ajena con un recurso que no puede ser sino la imaginación, pero difuminándose por completo detrás de los protagonistas, sin emitir ningún juicio moral —en una historia erizada de cuestiones morales— ni dejarse ver.

La historia de los Cabrera es la de las peripecias políticas de una familia de izquierda militante en el vórtice de la historia del siglo xx: el padre, Fausto Cabrera, es español, exiliado republicano que carga a costas la derrota en la Guerra Civil; se afina en Colombia, donde nace su hijo, Sergio, y donde, entre su pasión por el teatro y la poesía, alimenta el sueño de la Revolución. Cree encontrar la posibilidad en la China maoísta, a la que muda a toda la familia (típicamente, decide y luego pregunta o, con mayor habilidad, hace creer que es una decisión colectiva lo que en realidad es una determinación personal). En China los Cabrera viven en un mundo paralelo junto con otros trabajadores extranjeros, ajenos a los sufrimientos del pueblo chino (hasta el lugar en el que viven tiene un nombre distópico, el Hotel de la Amistad). Allí refuerzan su adoctrinamiento, que encuentra un terreno fértil en las mentes adolescentes de Sergio y su hermana, Marianella. Un día, igual que inopinadamente se anunció la mudanza, el padre comunica a sus hijos que él y su esposa vuelven a Colombia (a

incorporarse a la Revolución, se entiende) y que ellos se quedan ahí, al cuidado del Estado chino. Los adolescentes viven solos y, escrupulosamente amaestrados en el marco de la Revolución cultural, se afanan cada vez más en participar en las tareas revolucionarias, lo que al final incluye el tan ansiado entrenamiento militar. Luego de unos cuantos meses, son despachados a Colombia para unirse al Ejército Popular de Liberación. En uno de sus diarios de la época, transcrito en la novela, Marianella anotó: “¡Oh, gran presidente Mao! Tu ideología ha arrojado una luz brillante en mi corazón. ¡Oh, querido presidente Mao! ¡¡¡Realmente eres el sol rojo más rojo de mi corazón!!! ¡Estoy decidida a obedecer siempre tus palabras! Para llevar tu gran ideología a Colombia.”

Casi huelga decir lo que ocurre después, una vez que la teoría del comunismo maoísta intenta aterrizar en la jungla colombiana. Es la historia de numerosas guerrillas latinoamericanas (cuyas consecuencias dictatoriales aún vemos hoy en Cuba o Nicaragua): el fanatismo, la intolerancia, la delación, el juicio sumario, el ajusticiamiento y, eventualmente, el desengaño. Lo resume Cabrera cuando tras muchas vicisitudes abandona la guerrilla: “Cuánto esfuerzo físico, pensó, cuánta testarudez mental, cuánta disciplina y cuánta vocación y cuántos sacrificios para hacer parte de esa misión maravillosa: hacer la revolución, traer al hombre nuevo, cambiar este mundo por uno donde la gente sufriera menos o no sufriera nadie. Y ahora estaba aquí: huyendo de todo aquello con la sola ansiedad de no ser capturado. ¿Qué era esto, sino un sonoro fracaso?”

Con contadas excepciones, América Latina optó hace tiempo por el arduo y prosaico camino de la democracia para resolver sus problemas. Hoy esa vía está amenazada aquí y allá por populismos que, electos gracias a la democracia, atentan contra ella en su afán de concentración de poder, y no deja de escucharse el canto de

las sirenas que sugiere que un autoritarismo sin contrapesos sería una mejor solución para nuestras graves carencias. En este sentido, *volver la vista atrás* es un lujo que no podemos permitirnos. —

PABLO SOL MORA es escritor, crítico literario y director de la revista *Crítica*. En 2020 la Universidad Veracruzana publicó su libro *Diccionario Vila-Matas*.

NOVELA

Desde el pabellón de la muerte

por **Karla Sánchez**



Bibiana Rivera Mansi
EL CANTO DEL
PÁJARO CIEGO
Ciudad de México,
Textofilia, 2021, 144 pp.

Durante la madrugada del 1 de enero de 1984, el cadáver de un pandillero fue encontrado al final de un callejón en la avenida Saint Paul, en Chicago, junto con cuatro cartuchos de escopeta cargados y otro de diferente calibre. El culpable, según los testimonios de una mujer que vio los hechos desde la ventana de su casa y del supuesto cómplice, es Mario Chávez, un joven mexicano. Un año después del crimen, la policía irrumpió en la casa de Mario y se llevó a dos de sus hermanas a la jefatura para interrogarlas por separado. Poco después, Mario, con tan solo diecinueve años, fue encarcelado y condenado a la pena máxima.

Mario llegó al pabellón de la muerte por un crimen que no cometió. Sin embargo, sus antecedentes penales por robo de autos, tráfico de drogas e intento de homicidio lo convirtieron en el presunto culpable idóneo.

El canto del pájaro ciego es una novela basada en hechos y personas reales. En su libro Bibiana Rivera Mansi (Ciudad

de México, 1961) cuenta la historia de Mario para exponer las fallas del sistema penal estadounidense y revela la trama de injusticias y corrupción que lleva a inocentes a la camilla donde serán inyectados con diversos fármacos que acabarán con sus vidas. Con una narración en tercera persona, Rivera Mansi adentra a los lectores al infierno carcelario sin tapujos: “dentro de la cárcel [...] son tres los dioses que reinan, la pornografía, la droga y la violencia. La pornografía es la que enciende el deseo de la carne femenina o masculina, la que sea; puedes cerrar los ojos y tienes lo que deseas. La droga y los cigarrillos se convierten en moneda de cambio. La ley que rige el mundo del penal es la violencia, el más fuerte es el que manda”.

Mario llegó a Estados Unidos siendo un niño, sin saber inglés y sin documentos, pero al lado de su familia que anhelaba cumplir el sueño americano para tener una mejor calidad de vida. Antes de ser pandillero, Mario soñaba con ser el primer clavadista latino que representara a Estados Unidos en los Juegos Olímpicos. La urgencia de dinero lo llevó a robar trajes de baño y ropa deportiva en centros comerciales. Después de la escuela y los entrenamientos, desvalijaba automóviles y vendía clandestinamente sus partes. Más adelante, su convivencia con otros pandilleros le hizo ver que era relativamente sencillo conseguir dinero robando autos y traficando drogas. Los pensamientos de Mario se intercalan con el relato. De esta manera los lectores podemos conocer los remordimientos y temores del protagonista: “Eran tiempos de vidas paralelas. Competencias de clavados. Venta de coca. Medios para un fin. Era un héroe, veía crecer mi negocio sin problemas. Era un sueño, una burbuja que pronto reventaría en mi cara.”

Sus actividades empezaron a llamar la atención del oficial puertorriqueño Rogelio Gutiérrez que lo siguió día y noche hasta que por fin pudo encarcelarlo. Más adelante, ya en prisión, Mario entendió que la justicia no existe y que la vida no es más que un juego



**Síguenos
en twitter**

@Letras_Libres

LETRAS
LIBRES

de ajedrez donde solo algunos tienen la posibilidad de mover las fichas.

La vida en prisión no es sencilla. El aislamiento, el miedo, las amenazas de los compañeros de celda, las riñas y los abusos se suman a la incertidumbre de no saber si afuera los abogados han logrado evitar la pena capital. Mario encontró consuelo en la lectura del Corán. Su conversión al islam le permitió construir alianzas con otros reos y ser un guía espiritual para varios de los recién llegados.

Fue gracias a su interacción con otros prisioneros que Mario se enteró de la posibilidad de estudiar leyes por correspondencia para construir su defensa. Sin embargo, su familia no estaba convencida de pagarle el curso pues habían gastado todos sus ahorros en abogados que no habían conseguido su liberación. Los meses se volvieron años y Mario concluyó el diplomado. Gracias a esto no solo pudo identificar las omisiones que cometieron sus abogados en el pasado, sino los errores que hubo en los procesos de varios de sus compañeros: en unos casos se fabricaron pruebas y culpables y en otros los testigos confesaron bajo tortura. Fue tal el impacto de sus acciones que el estado de Illinois pospuso varias sentencias de muerte, incluida la suya, para revisar con atención los expedientes. Así, varios de sus compañeros se salvaron.

Durante las dos décadas que Mario pasó en prisión, no perdió la esperanza. El Corán, el estudio, el ejercicio y, después, la pintura lo ayudaron a conservar la cordura. Por su talento con la pintura y su buen comportamiento, el consulado mexicano en Chicago pidió su indulto. “Los hechos señalaban su inocencia mientras que el sistema mostraba tener equivocaciones.” Al final, el indulto no llegó, pero la sentencia de Mario se redujo y salió libre. Tras el sufrimiento y la desesperación, Mario consiguió la redención y fue capaz de iniciar un nuevo capítulo en su vida.

A lo largo de su novela, Rivera Mansi busca responder cómo enfrentan los reos sus sentencias, qué pensamientos cruzan por sus mentes, cuáles son las sensaciones que experimentan

al saber que sus días están contados y de qué estrategias se valen para sobrevivir en un ambiente hostil. Sin hacer una apología del delito y sin juzgar a Mario y a sus compañeros, la escritora presta su pluma para pintar un retrato del desasosiego que implica estar en prisión.

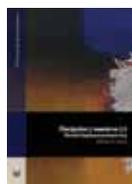
La historia de Mario es solo una de tantas de personas que son encarceladas y condenadas a muerte de manera injusta. Lamentablemente, no todos corren con la misma suerte que el protagonista. *El canto del pájaro ciego* invita a reflexionar sobre la libertad y la esperanza. Dos virtudes que solemos dar por hecho, pero que podríamos perder en cualquier momento. —

KARLA SÁNCHEZ estudió literatura latinoamericana en la Universidad Iberoamericana y es secretaria de redacción de *Letras Libres*.

ENSAYO

Para una crítica abierta de la novela hispanoamericana

por **Leonardo Valencia**



Wilfrido H. Corral
DISCÍPULOS
Y MAESTROS 2.0.
NOVELA
HISPANOAMERICANA
HOY
Madrid, Iberoamericana/
Vervuert, 2019, 610 pp.

Para entender este ambicioso ensayo de más de seiscientas páginas de Wilfrido H. Corral me remito al breve cuento de Augusto Monterroso “Obras completas”. Se recordará la tensión entre el profesor Fombona y su talentoso pero tímido discípulo Feijoo. La ambigüedad de Fombona consiste en que no se puede dilucidar si es la preocupación por la seguridad o la envidia por el talento lo que

lo lleva a empujar a su discípulo hacia un trabajo académico en vez de animarlo a la incertidumbre de la creación poética. El cuento tampoco revela el destino del discípulo. ¿Se volvió un hirsuto académico acorralado en la edición crítica de las obras completas de Unamuno o se perdió en las miserias y penurias de poetas sin fama? ¿Obedeció Feijoo a su maestro?

Estas preguntas que parece haber querido responder Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes* en el joven García Madero —Monterroso nutre más de lo que parece— también rondan a Corral, que apuesta por muchos Feijooos recientes que la novela hispanoamericana ha dispersado por el mundo. No es optimista, y eso se agradece en un crítico de buena fe. Quizás él mismo se muestra decidido a no seguir las trayectorias de los Fombonas de las academias angloamericanas, españolas y latinoamericanas que circunscriben un pequeño y manejable recinto, siempre autosuficiente, políticamente correcto o victimizado, sin que les importe la pérdida de lo que queda al margen (mucho más voluminoso y enjundioso) y sin arriesgarse a señalar el pulso vivo de revelaciones y carencias de la literatura latinoamericana.

Corral no teme criticar frontalmente —con cotejos minuciosos de correcciones convenientes, otras señalando generalizaciones o banalizaciones— entre muchos otros a novelistas como Carlos Fuentes, Jorge Volpi, Ricardo Piglia, Rodrigo Fresán, Edmundo Paz Soldán, Alberto Fuguet, Sergio Chejfec o Juan Sebastián Cárdenas, así como a sus respectivos críticos. Al mismo tiempo apuntala a quienes considera decisivos para su criterio como Bolaño, César Aira, Alejandro Zambra, Rita Indiana, Ariana Harwicz, Eduardo Berti, un par de novelistas ecuatorianas y varias autoras mexicanas, además de unos títulos puntuales de otros autores ubicados en ese *mainstream* itinerante de acuerdo a las modas periodísticas a las que Corral no se rinde complacientemente, sino todo lo contrario, y de los que su criba sustentada salva

títulos de Héctor Abad Faciolince, Diego Cornejo o Wendy Guerra.

Discípulos y maestros 2.0. Novela hispanoamericana hoy es una síntesis del trabajo crítico de Corral sobre la novela, si se toma en cuenta que ha dedicado varios libros al género, empezando por los monumentales volúmenes de *Los novelistas como críticos* (con Norma Klahn, 1991-1992), pasando por *Cartografía occidental de la novela hispanoamericana* (2010) o libros sobre Mario Vargas Llosa y Bolaño. A partir de la recepción de este compiló con numerosos críticos nuevos *The contemporary Spanish-American novel. Bolaño and after* (2013). A esto se podría sumar decenas de artículos en varias revistas de lengua inglesa y española.

Digo *síntesis* a pesar de la extensión de este tomo. Sobre todo es necesario advertir su procedimiento para abordar la materia descomunal del campo novelístico, una producción difícil de seguir al tratarse de obras de decenas de países, más aún si se quiere una lectura independiente y crítica del centralismo editorial español o del adocenamiento instrumental de la academia estadounidense sobre lo que debe ser considerado “latinoamericano” según perspectivas ideológicamente viables, e incluso toma distancia de ese criterio de los departamentos especializados en cada país latinoamericano, entre el contexto nacional o su región inmediata. Lo más atrayente, de hecho, es el método que sigue. Corral aplica una lectura comparatista centrada en motivos que son mecanismos de centrifugado que le permiten pasear libremente por distintas novelas, debates, manifiestos y polémicas, donde los referentes no se limitan al ámbito latinoamericano. Consciente de que la formación de las nuevas generaciones de escritores es global, de las nuevas ideas sobre los clásicos y las obras maestras, incorpora referencias teóricas y literarias anglosajonas, francesas y españolas; y así como trata de Bolaño, Aira, Juan Gabriel Vásquez, Cristina Rivera Garza o Zambra, habla de sus pares contemporáneos como Cormac

McCarthy, David Foster Wallace, J. M. Coetzee, Philip Roth, David Markson o Adam Thirlwell. También se escapa de la autorreferencialidad de ensayos latinoamericanos por circunscripción temática, y se funda en las teorías más actuales preocupadas por problemas sobre la novela, las tradiciones o la metaliteratura. Recuérdese que Corral y Daphne Patai recopilaron un volumen seminal sobre los excesos de la teoría literaria, *Theory's empire. An anthology of dissent* (2005). No se halla aquí el provincianismo latinoamericano de tomar dos o tres metáforas de Roland Barthes, Gilles Deleuze, Jean-Luc Nancy o Franco Moretti, y suponer que así se legitima un sistema crítico sobre obras hispanoamericanas, prescindiendo del trabajo filológico y de archivo que Corral cumple cabal y exhaustivamente. Tampoco se trata de ser “anti-teórico”, como comprueban sus matices a Hans Blumenberg, Jacques Rancière, James Wood y Amy Hungerford. A esos motivos comparatistas y la variedad teórica se suma el enfoque por la recepción múltiple, que ya sostuvo en *Bolaño traducido: nueva literatura mundial* (2011) y en su primer libro sobre Monterroso.

No encontraremos un replanteamiento apresurado del eje canónico reciente. Bolaño sigue siendo la figura decisiva, lo que no representa una novedad y creo, incluso, que Corral peca de no matizar la vigencia de su cabeza de serie. Lo novedoso es seguir abriendo el espectro sobre la aparente ligereza de Aira y la necesidad urgente de que la crítica latinoamericanista refuerce la incorporación de los referentes anglosajones, y especialmente a españoles como Enrique Vila-Matas o Javier Cercas. Lo fundamental es la puesta en juego y el análisis de casi una centena de novelas, de países y autores muy diversos, a partir de la premisa central que da título al libro, según la cual el crítico percibe tensiones que no son necesariamente herederas de la angustia de las influencias, sino de varias nociones de George Steiner. Sin el resentimiento, la cábala

o el psicoanálisis de Harold Bloom, esa ligazón desafiante del discípulo y el maestro zanja periodos históricos a partir de la discusión de los textos y, sobre todo, de las posiciones de campo. Esto marca una distancia del manido esquema generacional en el que Corral no cree.

Desde la larga estela del *boom* y sus derivaciones (no simpatiza con los elegidos oficiales de Carlos Fuentes), pasando por la oposición entre los novelistas que llama globalifóbicos frente a los nómadas, incluyendo los aciertos y sobre todo los desaciertos de la crítica española en la búsqueda desesperada de un nuevo e imposible *boom*, lo más novedoso de este estudio son los tres últimos capítulos. Estos describen el papel actualizado de los *gatekeepers* o mediadores del mundo literario, los usos de la metaliteratura reciente, los matices de los recursos autobiográficos con distintas tipologías en lo que llama “narrativa del *selfie*”, y, finalmente, lo que en realidad pasa con la difusión en boga de autores latinoamericanos traducidos y los que escriben directamente en inglés. Parece que nada se le escapa de las discusiones en torno a la narrativa del continente. Si tuvieran que desaparecer los archivos de estos debates, su libro podría dar cuenta de lo perdido.

Christopher Domínguez Michael comentaba en su prólogo de 2014 a la reedición de *Las corrientes literarias en la América hispánica* de Pedro Henríquez Ureña que quizás “esté por escribirse” la continuación de este clásico de la crítica. Si dejamos a un lado las historias profesoras de la novela latinoamericana y las antologías con varios colaboradores, el libro de Corral es la continuación esperada, por el vasto panorama que sabe abarcar, el rigor en el detalle y la evidencia de la documentación. Solo la exhaustividad bibliográfica, el manejo de artículos de prensa de varios países, y el rastreo de libros inhallables, hacen de *Discípulos y maestros 2.0* una referencia ineludible para los realmente interesados en saber qué ha ocurrido en los últimos veinticinco años en la novela

latinoamericana. Pese a su panorama mundial y la incorporación voraz de tradiciones, lo que dista a Corral de maestros como Henríquez Ureña y Ángel Rama es no cumplir lo que para ellos fue un reto: el acercamiento a Brasil. Sospecho que no se engaña ni nos engaña al respecto. El rigor de su investigación lo remite a sus lenguas operativas: el español, el inglés y el francés.

Corral concluye que las vías que toman los discípulos hispanoamericanos de su tradición son forzosamente irregulares. Evidencia y desmonta mucho oportunismo casi a cada paso y en minuciosas notas a pie de página. Hay incertidumbre, por supuesto, porque el recorrido que hace Corral, esperanzado o exasperado por encontrar grandes maestros que subviertan su deslumbramiento por Bolaño, sin encontrarlos, lo lleva a un desencanto que pedirá su tiempo para validarse.

Pienso también a quién se dirige este ensayo inaudito. No tengo respuesta: probablemente a los nuevos y arriesgados comparatistas latinoamericanos que se escapan de las correctas academias banalizadas en narcisismos de moralina y cancelación, quizá a los críticos libres que deambulan todavía anónimos por la dispersa red de comentarios digitales y revistas marginales, o a futuros escritores y escritoras que verán que el gran teatro del mundo no solo estaba en las editoriales extranjeras y sus vistosos e inasequibles premios, sino en una América Latina convulsionada que sigue recurriendo a la novela para dar cuenta de lo que los dogmáticos limitan a la condición de sufridos subalternos que dan solo testimonios y no obras de arte, aunque vendan bien y sean traducidos. Corral quiere dialogar, siempre que se tenga presente que la memoria de lo hecho ciertamente

es laberíntica, como la de este abierto Funes crítico nada complaciente. —

LEONARDO VALENCIA (Guayaquil, 1969) es escritor. Su libro más reciente es la colección de ensayos *El síndrome de Falcón* (Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 2019).

CUENTO

La realidad y el deseo

por **Fernando García Ramírez**



Ana García Bergua
LEER EN LOS AVIONES
Ciudad de México, Era,
2021, 136 pp.

El libro consta de tres secciones, cada una conformada por seis relatos. No se trata de una simple reunión de cuentos. Existe una estructura que pide ser interpretada.

Las secciones no tienen título sino números romanos. ¿Qué significan? ¿En qué son diferentes los cuentos de la sección I de los de la II y estos de los de la III? Quizá cada sección implica un marco cronológico (los textos reunidos en la sección I fueron escritos entre tal y cual fecha...). Pero el libro no tiene ninguna indicación al respecto. Está abierto al desciframiento de su posible significado.

I
Los seis relatos que integran la primera sección tratan de viajes y de viajeros. Viajes en avión, barco, tren, camión y auto. Todo viaje implica desplazamiento y cambio, aventura. Todo viaje es, también, una prueba. Se parte de un lugar seguro pero no siempre se llega adonde se había planeado. En estos cuentos sus protagonistas desembocan en la soledad, la desconfianza, el desamparo, la fortuna, el desamor o la muerte.

Un viaje presupone un destino. Aunque a la vida parece no gustarle la



línea recta. Los proyectos se frustran, los amores se quiebran, un comienzo venturoso puede tener un fin incierto. No existe el destino sino el azar.

Ana García Bergua es una consumada narradora de tono menor. Los giros de la trama son suaves. No le interesa sorprender al lector. Lo toma amablemente de la mano y lo conduce de modo firme hasta el final de cada relato. Su prosa es diáfana y funcional: sirve de forma exacta a su cometido. En los relatos de este primer apartado, cada viaje desemboca en un final imprevisto pero no asombroso. El rígido destino se resuelve en azar.

En “Crimen y castigo” un hombre que solo goza al leer en los aviones repite la triste suerte de Cyrano. En “Talismán” la protagonista, al perder su amuleto más poderoso, cree tocar fondo en su desventura, pero, ya libre de su pata de conejo, su suerte comienza a cambiar. En “Ladridos” una mujer va en busca de su hermano, pero al llegar al lugar del encuentro aquel se ha esfumado, dejándola en el desamparo. En “La desconfianza” una familia acepta llevar consigo en un viaje en carro a un desconocido y hermético pasajero que, sin embargo, se revela más transparente que el padre, lleno de misterios. En “Hotel Mármara” una pareja de amantes descubre durante un trayecto en tren que las grietas que los separan son abismales. En “Rico” un hombre es conducido por un joven sicario hacia la muerte. Destinos rotos, vidas quebradas o rescatadas, la vida clara que se resuelve en misterio. Viajes. Aventuras. Azar.

II

La nota distintiva de los cuentos de esta segunda sección es su heterogeneidad. Ana García Bergua no escribe cuentos de género. Hay en este conjunto un cuento fantasmagórico (“El viento de los fantasmas”), otro de magia (“La señorita Rossini”), uno más donde se exagera un detalle hasta llevarlo al absurdo (“Don de lenguas”). Uno de los relatos, “La litera”, obviamente pertenece a la primera sección, por tratarse de un cuento de viaje, aunque quizás entró en este apartado para darle simetría al

conjunto. Uno más narra la vida de un hombre de oficio singular que goza fingiendo que adopta la vida de las personas comunes. Los relatos de este segundo apartado comparten dos notas distintivas: el misterio y el humor. Ana García Bergua, además de ser una de nuestras más destacadas narradoras, posee un sentido del humor envidiable, que dota a sus textos de una sutil levedad. Tomemos por ejemplo el relato “El viento de los fantasmas”. Narra la vida de un pueblo en el que conviven pacíficamente los vivos y los muertos. Nada más alejado que el tono grave rulfiano. Aquí los fantasmas siguen haciendo su vida cotidiana, van a las compras y asisten a las fiestas. No hay espanto sino humor. El misterio en estos cuentos es parecido a una suave neblina que cubre los seres y las cosas. El misterio no produce horror, se disuelve en una sonrisa.

III

El tercer apartado está marcado por la frustración y el deseo. El anhelo y el cruel choque con la realidad. La ilusión y el desencanto.

Leer en los aviones es el séptimo libro de relatos de Ana García Bergua, precedido por *El imaginador*, *La confianza en los extraños*, *Otra oportunidad para el señor Balmand*, *El limbo bajo la lluvia*, *Edificio* y *La tormenta hindú*. Es evidente para quien la haya acompañado en su aventura narrativa la singular maestría que ha ido cultivando al paso de cada volumen. Una maestría que se advierte sobre todo en la alegre confianza con la que elige sus temas, sus personajes bien perfilados y sobre todo en el tono de cada relato. Sus finales, en donde el personaje queda expuesto a la indeterminación de su suerte, no son abiertos. Son finales en donde los protagonistas se pierden en la niebla, como ocurre en la película *Casablanca* y los dos amigos que se disuelven charlando.

El deseo y la realidad. En otro de sus relatos, un hombre desea más que nada en el mundo subirse al Concorde. Gasta la totalidad de sus ahorros y cumple su deseo. A su regreso fastidia a todos contándoles su hazaña una y otra

vez. Pierde su trabajo. Los suvenires del vuelo se van atando. Su mujer, para reanimar su entusiasmo, le propone un crucero por el Mediterráneo, gastándose de nuevo lo ahorrado. Pero al llegar a Europa para tomar el barco, él prefiere vender su boleto del crucero y cambiarlo por otro vuelo en el Concorde (uno de los últimos: poco después ocurrirá el accidente que los sacará de circulación). Su mujer sigue con el plan original. No revelaré el final, tan solo apunto que los sueños del hombre terminan peor que el supersónico siniestrado. Todo fuego termina en cenizas. La ilusión se estrella contra la realidad. El deseo se apaga. Es el sino de la vida. Ese anhelo perdido lo sabe capturar Ana García Bergua con sutileza e inteligencia narrativa.

IV

El destino y el azar. El misterio. El desencanto. Son varias de las claves que acompañan estos relatos. En ellos Ana García Bergua nos muestra con humor y elegancia las formas que asume el mundo. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.



CORRESPONDENCIA

Historia de una pasión y su testigo

por Malva Flores



Octavio Paz
ODI ET AMO: LAS
CARTAS A HELENA
 Edición de Guillermo Sheridan
 Ciudad de México,
 Siglo XXI Editores, 2021, 472 pp.

El 9 de noviembre de 1997, en *Proceso* apareció la noticia de que la Universidad de Princeton abriría al público la correspondencia entre Elena Garro y Adolfo Bioy Casares. En ese mismo número, José Alberto Castro publicó una entrevista que tituló “Elena Garro: el regreso sin gloria, sus ocho gatos, la ‘misericordia insoportable’ y el ‘amor imposible’ con Bioy”. En la muy dramática nota podía leerse a una mujer desesperada por dinero pese a que, tanto ella como Helena Paz, no pagaban renta y contaban con el estipendio mensual del entonces CNCA, además de la pensión que les enviaba Octavio Paz, según Garro reconoció. Pero más allá de sus eternas pesadumbres económicas, la entrevista giró también alrededor de la noticia sobre sus papeles en Princeton y sobre el que llamó “el amor loco de mi vida y por el cual casi muero, aunque ahora reconozca que todo fue un mal sueño que duró muchos años”.

En la Casa de Alvarado en Coyoacán, donde Octavio Paz se encontraba ya muy enfermo, Guillermo Sheridan lo entrevistó dos semanas después (*Proceso* 1099) y, a propósito de las declaraciones de Garro, Paz comentó:

Los amoríos de otras personas me tienen sin cuidado. Ojalá que esa correspondencia tenga un valor literario. Mire usted, esa señora fue la plaga de mi vida. ¡Qué lástima que Adolfo no se la llevó! ¡Otro gallo me hubiera cantado! Siempre esperaba que alguien se pudiese enamorar de ella, pero siempre, para mi gran fastidio, ella reaparecía y recomenzaba la persecución.

Quizás en esa entrevista Paz habló, por última vez públicamente, sobre la mujer a la que empezó a tratar el 11 de abril de 1935 en una tardeada. Bailan ese día y, “en un ensayo anticipatorio de lo que serán los siguientes veinticinco años, la pareja se atrae y se repele por igual”. La cita corresponde a la “Entrada” con la que Sheridan anuncia

el inicio de la primera de tres tandas de cartas –cada una con entrada y comentarios del crítico– que componen *Odi et amo: las cartas a Helena*, una preciosa edición a dos tintas (negro, para Paz; azul, para Sheridan) que incluye 84 cartas y varios poemas.

Es este el más rico de cuantos epistolarios del poeta se han publicado. Su valor no solo reside en la importancia misma de la correspondencia o en la anotación, sino en que Sheridan –el intruso-testigo– cumple sobradamente su propósito: “apreciar la forma en que las dificultades del amor trasminan hacia el substrato poético y crítico de Paz”. Así, por ejemplo, leemos al joven locamente enamorado de las primeras misivas (“Ciudad de México, 1935”) cuyo fulgor se extiende hasta *Raíz del hombre* o *Bajo tu clara sombra* pero, sobre todo, son base inexcusable de las “Vigilias”. En las cartas de “Mérida, 1937”, despuntan nuevamente las “Vigilias”, “Henequén” (que se transformará después en el mil veces corregido “Entre la piedra y la flor”) e incluso aparece la idea de “Amar es combatir” de *Piedra de Sol*. Nos asomamos también a su vida de joven marxista en Yucatán y su desprecio por los Contemporáneos, a los preparativos del famoso viaje a España y al paroxismo de los celos, lejos de su Helena. En la tercera parte (“California, 1944-1945”) vemos a Paz en Berkeley y San Francisco, cuidando devotamente a su cuñada Estrella, con enormes dificultades económicas y advirtiendo poco a poco, nos dice el crítico, “que se cumple en su matrimonio la maldición del culto provenzal del amor: tenerla es perderla”. Con las dos Helenas en México se reanudan las cartas y sabemos así de sus contactos con los miembros de *El Hijo Pródigo* o con Cernuda, los proyectos de ambos para escribir guiones cinematográficos y los poemas que Paz envía a varias revistas y que formarán parte de *Libertad bajo palabra*. Sheridan también encuentra en una carta el germen de *El arco y la lira*.

Estas particularidades se hallan en las notas, que si bien apuntan lo que comúnmente encontramos en este tipo de ediciones, van más allá y en ellas leemos las zozobras del investigador (“No sé quién era ‘Aguilar’, ¿quizás el ‘ingeniero’ que aparece más tarde?”), las referencias a las lecturas e influencias de Paz (Nietzsche, Dostoievski, López Velarde, Scheler, Freud, Engels, Marx y un amplio etcétera), pero sobre todo su poética inicial, que Sheridan reconstruye bajo el nombre de *creencias profundas*, sobre las que ya nos había hablado en *Los idilios salvajes* (2016). Gracias a sus afanes, comprobamos en las misivas varias de estas creencias: “el carácter espiral del amor”; la música o la danza “como vehículo en llamas del deseo”, la idea, en el enamorado, de que “cada día es siempre ‘el primer día’”; que “las palabras son actos” y “la mujer es la forma visible del mundo”, o la convicción de que “el amor suspende al tiempo y anula el espacio”.

En una de las múltiples cartas de reconciliación (abril de 1937), Paz le dice a Garro: “Te amo, Helen, por la misma razón por la que te odio: por tu desnudez, por tu heroica,

absurda, terrible desnudez: por tu desnudez moral, que te deja indefensa, entregada a ti. Y también por la desnudez de tu carne, del pelo sobre tus senos, de tu boca en las cartas, tan desgarrada, tan tensa y viviente, como aspirando poderosos vegetales, por todo lo que en este momento toca de nuevo a mi cuerpo y, gradualmente, lo exalta y estremece.”

¿Cómo hablar de la pasión ante la pasión misma? El testigo —porque, además de un intruso, el lector de cartas ajenas es también un testigo *sui generis*— nos narra una historia, nos cuenta sus episodios mayores y nos hace evidentes pequeños pero importantes gestos. Pese a conocer el triste final de esa historia, Sheridan aventura hipótesis sobre los enamorados, los critica, se pregunta y nos pregunta sobre sus conjeturas y, al hacerlo, nos convierte también en testigos o en cómplices de esa pasión.

Es verdad que “solo una mente confundida cambia la obra de un autor por su biografía”. El apunte nos habla a los lectores, pero también a otros protagonistas de esta historia: “las diaconisas” de Garro y los periodistas ávidos de escándalo. Sheridan sabe bien que “Paz era un joven pigmaliónico, celoso y posesivo e inseguro y arbitrario y un prolongado etcétera”, pero nos previene sobre la obligación de saber leer cartas ajenas: “Me apenaría que una historia compleja atizara el bobo auto sacramental o el alboroto de las revistas de modas, en el que dos personas difíciles se convierten en objeto de las nuevas autoridades con capirote.” Es por eso, entre otras razones, que uno de los aspectos más notables de este libro sea la unión del rigor académico, la charla del testigo e incluso sus apuntes de humor (“Una carta de Helena, la inconstante Helena, le provoca a su novio la que quizá sea la respuesta más iracunda del periodo, escrita en confeso estado de ebriedad grado mariachi”).

De la adoración al inicio peligroso de la rutina y el tedio, las misivas son prueba de una pasión que parecía concluir en “cartas de negocios, pues los negocios son lo único concreto, lo único que no duele y lo único que tiene principio y, gracias a Dios, fin. Lo nuestro no tiene principio ni fin. Es un estado de ánimo, más que una situación. Podemos hablar hasta el día del Juicio y nunca podremos desembrollar la madeja”, le dice Paz a una evasiva Elena.

A la muerte del poeta, Garro afirmó que Paz se le había adelantado: “Él va a esperarme allá arriba. La muerte es para vivir siempre.” Cuatro meses después lo habrá buscado —infructuosamente, quiero creer—, dando así por terminado el acoso al que sometió al poeta en vida, pues una vez terminada su relación —nos dice Sheridan en su “Epílogo”— prefirió dedicarse “a combatir *contra él*; atizar un infierno repetitivo y circular que se hizo legendario por su intensidad, su duración y su exhibición pública”. —

MALVA FLORES es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. En 2021, su libro *Estrella de dos puntas. Octavio Paz y Carlos Fuentes: crónica de una amistad* (Ariel, 2020) recibió los premios Mazatlán de Literatura y Xavier Villaurrutia.

Fernanda Solórzano / Cine Aparte



reseñas
de cine
semanales

LETRAS
LIBRES

Suscríbete en YouTube